

ca de un estatus colonial de lo transferido como «máquinas de una acción proyectada» que diseñaban lo más potente de sus prótesis²⁰. En el diálogo permanente de consolidación, citado ante el escenario de dimensiones desconocidas, de «lagos españoles», de istmos intercontinentales que vigilar, de accesos «tierra adentro»... su estrategia fue la parte más importante de aquel laboratorio de fundaciones²¹ que España ensayara. «Su geografía es, por vez primera, dinámica. Posee el privilegio de la visión del mundo como si la visión del instrumento y del ojo fueran identificables»²². Sus proyectos marcaron el borde del *limes*: «más allá de la línea, lo que hay, lo que habrá siempre, es el campo abierto a una voluntad de poder momentáneamente petrificada»²³. Una voluntad que lo ejerció desde la ambigüedad, desde una naturaleza «jánica» en la que sus muros, al escindirla, conjugaban «forma habitada» como un principio disyuntivo que es violencia originaria y recíproca. La arquitectura del baluarte proyectó su inventario como una inmensa ciudad limitada por un compacto de perímetros lisos, como «el árbol del bosque más alejado», en el que elocuentemente se produjeron las respuestas más autónomas, más inesperadas en la disciplina del momento. La posición de sus fabricas, frente al «conocimiento», no fue, por ello, nunca un problema de incorrección sino un embrión, interesante, de identidad o diferencia; lo importante no reza su tamaño, sino su opuesto, la «nada» que se extendía a sus pies y cuya progresión estableció un pensamiento poderoso que consolida el medio circundante desalojando sin tregua, hasta su agotamiento, los distintos obstáculos que imposibilitaban su satisfacción.

«Llegó el momento en que se despreciaron los marcos. Los museos albergaron cuadros sin marcos, que parecían desnudos. El marco no es lo antiguo, sino lo remoto. Desaparecido el marco, el monstruo pierde su última morada. Y sigue vagando por todas partes»²⁴. Como arquitectura de determinación formal, no de improvisación, sus obras conllevaron en este contexto una relatividad de pautas temporales, de adecuación al entorno, de «minimización» de impactos en un escenario que se rinde en una vuelta, aparente, a la antigua escala háptica²⁵. En

²⁰ Virilio, Paul. *Op.cit.*

²¹ Mumford, Lewis. *La ciudad en la historia*, Eudeba. Buenos Aires 1966.

²² *Ibidem.*

²³ Rodríguez de la Flor, Francisco. *Blocao*. Biblioteca nueva. Madrid 2002.

²⁴ Calasso, Roberto, *La boda de Cadmo y Armonía*. Anagrama, Barcelona.

²⁵ *Finaliza la ordenanza militar de 1608 que obligaba a respetar un espacio extramuros sin construir de trescientos pasos.*

el extrarradio industrial del terreno que la soportó, sus restos quedaran figuradamente bajo tierra como una anticipadora construcción subterránea que confirmará su vocación de vanguardia en forma de las redes «duras», primero, y, más tarde, «blandas», que estratificarán la metrópoli moderna. Con Ildefonso Cerdá emergerá su proyecto en un renovado espacio cinematográfico, multipolar, buscando nuevos acuerdos con el exterior. La ciudad burguesa abierta a estos lugares «revestidos de tiempo» en los que prevalecía la aceleración, cederá a las zonas verdes o a las autopistas los vacíos de aquellas geometrías euclideas; paradójicamente, los espacios urbanos abandonados por el baluarte se convertirán en «interioridades» singularmente situadas en la geografía de la «ciudad dispersa» dispuesta a ofrecer, así, algo más que nostálgica seducción al ojo del fotógrafo. En aquel crecimiento descrito «hasta los límites del mundo» de la cultura de aquella proyección defensiva que transformó el continente americano la Arquitectura fue el síntoma y la consecuencia de un proceso de mundialización en marcha que, con su crisis, dejó un paisaje de residuos que se unen a las novedosas barreras conceptuales que proliferan como fronteras espaciales o temporales aparejando el efecto indefinido de una multiplicidad de «límites interiores». Un territorio homogéneo que, en nuestros días, devuelve la primigenia condición de limitación en términos de centros institucionalizados, poderosos, tecnificados, o en fronteras por disolverse en un paisaje incontrolado que sólo existe por la tensión que quiere instrumentalizarlo. Desde una configuración que renunció a los «macroconfines» en beneficio de un sistema de «microconfines» imperceptibles, difundibles, que conforman su vigente condición totalizadora, sin límites aparentes, la ciudad actual se comporta como un laberinto cargado de movilidad en donde reina, de nuevo, sensación de inseguridad y de derroche de energía justificando la consideración del patrimonio ahora evaluado. Su presencia física no dejará, así pues, de evidenciar una cierta contradicción en cuanto que participa a la vez de un «espacio de libertad», a través de mil sistemas invisibles de tecnología punta, que se plasman en multitud de artificios hostiles, en verdaderas fortalezas contra un «enemigo exterior» haciendo de ello un instrumento de importancia en la estructuración social; describe un auténtico *Zeitgeist* de la ordenación urbana de nuestros días que, en este creciente amor por lo efímero de los diferentes componentes de la «fortificación» actual, tiene algo que ver con los parámetros del comportamiento paranoico. Desde sus visiones «distópicas» es posible captar, con vigor,

hasta qué punto determinados niveles de la seguridad doméstica y comercial sustituyen hoy toda esperanza de rehabilitación social. Planificación y seguridad se presentan, por tanto, consecuencias de largo alcance de esta cultura abaluartada al ser de nuevo examinada. Sus criterios de relación con el entorno construido suministraron al mercado una memoria sobre la demanda de «un miedo que se justifica a sí mismo» en una sintaxis que siempre sugirió violencia y peligro. Un conflicto de calado, verdaderamente patrimonial, que se expresa en la nueva planta de los espacios pseudopúblicos de alta categoría –centros comerciales suntuosos, oficinas de lujo, acrópolis culturales...– que se encargan, cotidianamente, de ofrecer un amplio repertorio de signos para advertir al extraño que se mantenga alejado mientras incluyen los restos culturales de las arquitecturas obsoletas analizadas en estas instancias.

En esta contradicción de la «ciudad de la circulación», fruto de una sociedad reflejada más que una «utopía de redes», la presencia de todo este patrimonio cultural supone un buen motivo para recordar lo que tiene el organismo urbano de sistema consumado metafísicamente de vigilancia y control. Violencia, mirada, placer y muerte... empeñados en deshacer la Historia, llegan a formar un lenguaje propio como pensamiento previo al «plan abierto» de esta sociedad americana de principios del milenio. Saturada en su nueva vaciedad, las ruinas sobre las que construir pareciera que caracteriza en ella una vocación de rivalizar con el *puer aeternus* de Heráclito en su juego interminable de construir y destruir castillos con la arena del mar. Nunca mejor traído. Descubierta toda la Tierra, al arquitecto, como al geógrafo, sólo le quedaría proponer nuevas imágenes para, usando las palabras de Marco Polo, «discernir a través de las murallas y torres lo que tienen de común»; quizá nunca fue la conquista de aquella su objetivo sino la de la estructura secreta que regía sus destinos. La ciudad iberoamericana, convertida en un inmenso glacis sin oponente posible, exhumó de su mano un conocimiento que fue, sobre todo, la condición enigmática de la cosa buscada; como arquitecturas expresarían no sólo «forma» sino un «saber» antecedente de discriminación funcional que se ocupó de lo «no-construido» como algo propio. A través de la profunda gravidez de aquellas construcciones, de su nacimiento impactante desde el suelo, su potencia transformadora del lugar condujo a la ciudad virreinal desde un proyecto relevante hasta un profético límite apurando fuerzas y energías que, como las huellas de una metáfora sobre la «intelligen-

cia comedida» que sostuviera la anulación del sueño de una razón moderna en su voluntad fáustica por trascender, acoge hoy estos espacios con su «zumbido provocador e inquietante» provocando su recuperación para insertarlos en los paisajes de su contemporaneidad.

4. Conclusiones

*Buscas en Roma a Roma, peregrino y en Roma a Roma misma no hallas.
Francisco de Quevedo*

Es obvio que el número de preguntas lejos de cerrarse se amplía con las nuevas demandas que la sociedad mestiza contemporánea plantea. Cada lugar tiene su propio tiempo²⁶, cada lugar simboliza una relación de cada uno de los ocupantes consigo mismo, con los otros ocupantes y con respecto a una Historia común. Dentro de unos años se celebrará el aniversario de aquel viaje iniciático a América de D. Rafael Altamira del que se derivará la primera institución española de cooperación cultural entre la antigua metrópoli y sus territorios de ultramar bajo la denominación de Centro Oficial de Relaciones Hispanoamericanas. El profesor Altamira, que intentaba restaurar los «descosidos» del 98, puso entonces con entusiasmo la primera piedra de un proceso moderno de actualización de un conocimiento mutuo unido por «la inconmensurable fuerza del idioma común» a cuya celebración, por cierto, nos debemos. Casi un siglo después, y muy en particular tras las últimas dos décadas, las conclusiones de la intensa labor desarrollada en este campo específico de la cultura arquitectónica permiten seguir abriendo líneas de investigación, nuevas lecturas en una muy interesante pedagogía integral de desarrollo; en realidad, enunciar nuevas preguntas. Bajo una visión crítica, no elitista, este patrimonio cultural define un abanico en permanente crecimiento sobre su concepción misma, sobre cuáles son sus capacidades en la construcción social moderna del espacio del hombre, que hace de fortificaciones como las aquí tratadas un pertinente discurso de proyecto por desvelar. Las tozudas piedras del Morro de Puerto Rico o de las murallas de Campeche, los restos incrustados de aquellas defensas como testigos mudos en el callejero de Montevideo, constituyen sin lugar a dudas argumentos de esa metodología transversal que caracteriza el pensamiento contempo-

²⁶ Rosenberg, Harold, *La tradición de lo nuevo*, Monte Ávila Editores, Caracas 1969.

ráneo. Hay un tema que quería estudiar en unos años: el ejército como matriz de organización y saber; la necesidad de estudiar la fortaleza, la campaña, el movimiento, la colonia, el territorio»²⁷. Los materiales de este patrimonio de las arquitecturas iberoamericanas no serán nunca más expresión pasiva de una cierta memoria cuanto palabras de un pensamiento pendiente de ser ejecutado en los próximos años a través de procesos de evaluación multilateral. Sabido es que el objetivo de la ciencia es el conocimiento verdadero pero también que es a la ética a la que le corresponde resolver, mediante la acción, los problemas del hombre para que pueda vivir más feliz. La Arquitectura en tanto que «forma» se identificará con buena parte de sus contenidos, con un mundo de valores, pero, hoy es sólo su condición de «proyecto» la que permite medir la eficacia de su resultado poético.

²⁷ Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Piqueta. Madrid 1978.



Iglesia de Túcume Viejo